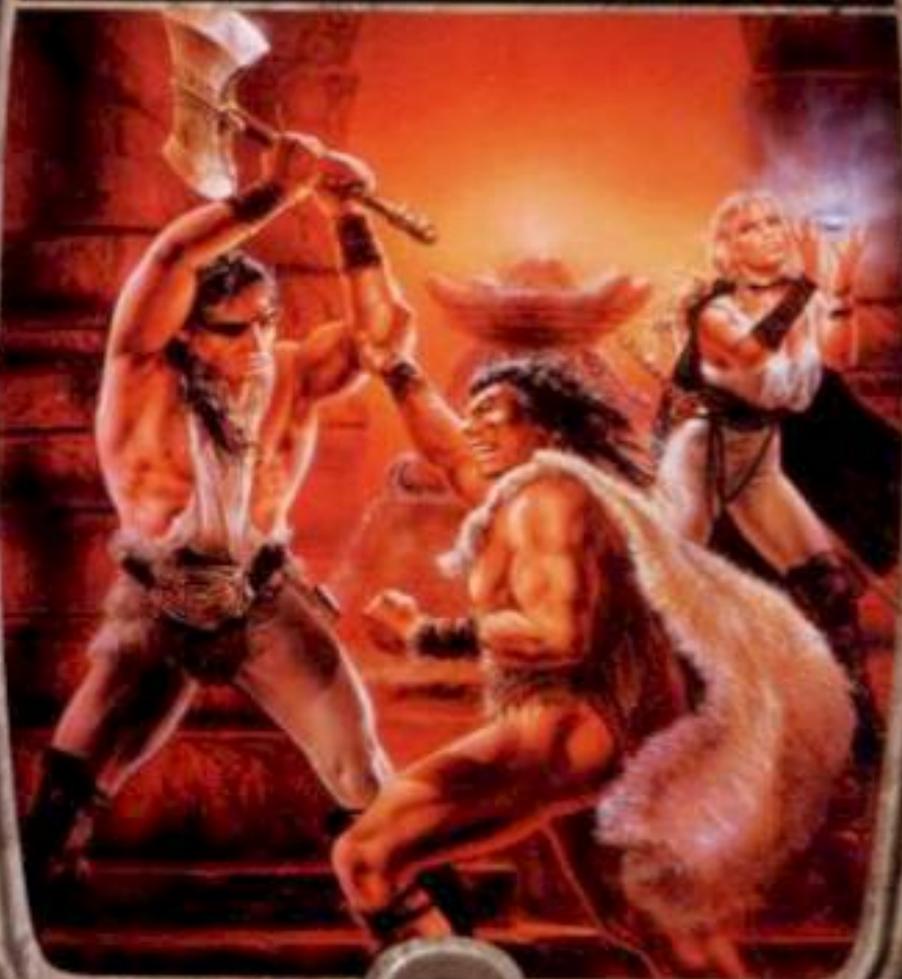


SIMON R. GREEN

Reuelta en la Calle de los Dioses

LAS AVENTURAS DE HAWK Y FISHER



En la calle de los Dioses, en pleno centro de la ciudad de Haven, los Seres de Poder vienen y van. Son reales e irreales, inspiran adoración y miedo. La calle es suya y de nadie más y ahora, alguien, o algo, los están aniquilando uno por uno.

Prólogo

Vienen y van.

Hay Seres en la Calle de los Dioses. Unos son más que humanos y otros son menos que humanos; inspiran veneración y adoración, miedo y temor y sueños de poder infinito. Nadie sabe quiénes o qué son los Seres. Existían antes de que los hombres construyeran la Calle de los Dioses. Y seguirán existiendo mucho después, cuando esa calle no sea más que un montón de escombros y recuerdos. Algunos dicen que los Seres son destilaciones de realidades específicas, conceptos abstractos a los que dan forma los miedos y los deseos humanos, o simplemente los propios tiempos. Otros afirman que son sencillamente criaturas sobrenaturales, intrusiones desde otros planos de la existencia. Nadie lo sabe. Son reales e irreales y al mismo tiempo ambas cosas y ninguna. Son Seres de Poder y la Calle de los Dioses es únicamente suya.

Vienen y van.

1

Un asesino anda suelto

El invierno había llegado antes de tiempo a la ciudad portuaria de Haven, anunciado por vientos furiosos cargados de aguanieve y nieve y de un frío glacial. Los tejados y las murallas de la ciudad estaban cubiertos por espesas capas de nieve, y de los ladrillos goteaba la humedad. En la calle, los primeros peatones del día avanzaban con dificultad a través del fango, resbalando y patinando y mascullando insultos a través de sus labios entumecidos. El viento frío atravesaba hasta los abrigo de pieles más gruesos y la congelación roía salvajemente la carne al descubierto. El invierno había llegado a Haven, y aguzaba su filo cortante en los lentos y en los débiles.

Era temprano por la mañana, y el sol era poco más que una sangrienta promesa sobre la noche estrellada. Las faro-las brillaban con valentía horadando la oscuridad, islas de luz ambarina en una penumbra sin límites. Linternas rojizas colgaban de caballos y carretas, balanceándose como ascuas en la noche. Y caminando con dificultad entre el frío y la oscuridad venían Hawk y Fisher, marido y mujer y Capitanes de la Guardia de la ciudad. En algún lugar, en la estrechez de calles y callejones del North Side había un hombre muerto. Todavía no estaba clara la causa de su muerte. Al parecer los guardias encargados de la investigación seguían buscando algunos trozos.

Un asesinato no era algo nuevo en el North Side. Todas las ciudades tienen un lado cruel y oscuro en su naturaleza y Haven no era diferente. Era una ciudad oscura, la manzana podrida de Low Kingdoms, pero el asesinato y la corrupción prosperaban abiertamente en el North Side, alimentados por la avaricia y el odio y la amarga necesidad. La gente moría allí todos los días por pasiones, desesperación o negocios. No obstante, éste era el último de una cadena de sangrientos asesinatos que habían conmocionado incluso a los endurecidos habitantes del North Side. Así que la Guardia envió a Hawk y a Fisher. A ellos había ya pocas cosas capaces de conmocionarlos.

Hawk era alto y moreno, pero no bien parecido. Multitud de antiguas cicatrices surcaban el lado derecho de su cara, y un parche de seda negra le cubría el ojo derecho. Vestía una larga chaqueta y unos pantalones forrados de piel, y un pesado capote de la Guardia. No parecía gran cosa. Era delgado y enjuto más que musculoso, y lucía una incipiente redondez a la altura del estómago. Llevaba el pelo largo y negro, apartado de la frente y sujeto por un pasador de plata en la nuca. Aunque apenas había rebasado los treinta años, ya tenía unas cuantas hebras grises en el pelo. Habría sido fácil confundir a Hawk con cualquier otro pendenciero de los que ya han superado lo mejor de la vida, pero había algo en él; algo áspero e inflexible, y casi siniestro. La gente caminaba en silencio a su alrededor, y procuraba no levantar la voz y hablar en un tono razonable. Sobre la cadera derecha, Hawk llevaba un hacha de mango corto en lugar de espada. Era muy hábil con el hacha. Había practicado mucho en sus cinco años como Guardia.

Isobel Fisher caminaba junto a Hawk, amoldando su paso y su ritmo a él con la naturalidad de quienes llevan mucho tiempo andando juntos. Era alta, medía más que probablemente el metro ochenta, era flexible y musculosa y llevaba el largo pelo rubio recogido en una trenza que le llegaba hasta la cintura, rematada en la punta con una puli-

da bola de acero. Tendría entre veinticinco y treinta años, y más que hermosa era atractiva. Su rostro huesudo y áspero contrastaba vivamente con los profundos ojos azules y la boca carnosa. Resultaba evidente que en algún momento de su pasado, algo había eliminado en ella todo rastro de debilidad humana. Al igual que Hawk, llevaba el uniforme de invierno de la Guardia, con una espada sobre la cadera derecha y apoyaba la mano con naturalidad en su empuñadura.

Una ligera neblina se cernía sobre la calle, a pesar de que los magos del clima llevaban horas tratando de eliminarla. El frío calaba los huesos de Hawk mientras avanzaba y golpeaba sus botas con fuerza en el cieno para tratar de conservar algo de calor en los pies. Llevaba los puños cerrados dentro de los guantes, aunque eso no parecía ayudar mucho. Hawk odiaba el frío, odiaba cómo le arrebatava todo el calor y la vida. Y, sobre todo, odiaba estar fuera en medio del frío y la oscuridad a una hora tan infame de la mañana. Pero este turno era el mejor pagado, y él y Fisher necesitaban el dinero, así que... Hawk se removió incómodo, intentando arrebujarse en el capote de un modo más confortable. Odiaba llevar capote; siempre estorbaba en las peleas. Pero enfrentarse al frío del invierno sin capote era tan inteligente como sumergirse a pelo en una piscina llena de caimanes; se exponía uno a perder partes importantes de su anatomía. Así que Hawk llevaba su capote y se quejaba constantemente por tener que llevarlo. Volvió a encogerse de hombros y tiró subrepticamente del borde del capote.

—Deja ya el capote —dijo Fisher sin mirarlo—. Está perfectamente.

Hawk aspiró por la nariz.

—No se me acomoda. De todos modos, se supone que durante el día hará más calor. Si las neblinas se disipan, creo que tiraré el capote por ahí y lo recogeré cuando acabe el turno.

—No harás nada semejante. Sabes que coges resfriados y gripes con mucha facilidad, y no pienso cuidarte la próxima vez. Un par de grados de fiebre y ya crees que te estás muriendo.

Hawk miró al frente, fingiendo que no la había oído.

—De todos modos, ¿dónde está ese cuerpo al que supuestamente tenemos que echarle un vistazo?

—Silver Street, ahí abajo, a la izquierda. Sonaba bastante horrible. ¿Crees que tendrá el mismo aspecto que los otros?

—Eso espero —dijo Hawk—; no me gusta la idea de que haya más de un maníaco homicida merodeando por nuestra zona.

Fisher asintió taciturna.

—Odio a los maníacos. No respetan las reglas del juego. Intentar adivinar sus motivos es suficiente para volverse loco.

Hawk sonrió ligeramente aunque la sonrisa no duró mucho. Si este cadáver estaba tan mal como los otros que había visto, la visión no iba a ser demasiado agradable. Uno de los miembros de la Guardia había encontrado el primer cuerpo abajo, en el Devil's Hook, colgado de una farola por una cuerda hecha con sus propias tripas. El segundo cuerpo lo encontraron esparcido a lo largo de Hawthorne Alley. El asesino se había superado con la tercera víctima, en Lower Eel Street. Le había clavado las manos a una pared. La cabeza se encontró flotando en un tonel de agua. No había ni rastro de los genitales.

Hawk y Fisher entraron en Silver Street y se encontraron con que a pesar de lo temprano de la hora ya había una multitud reunida. Nada como un buen asesinato para congregarse una multitud. Hawk se preguntó por un momento qué diablos estaba haciendo toda esa gente en la calle a una hora tan infame, pero lo sabía demasiado bien como para preguntar. Simplemente le mentirían. El North Side

nunca dormía. Siempre había alguien dispuesto a hacer negocios, y otro dispuesto a timarlo.

Hawk y Fisher se abrieron paso entre la multitud. Algunos de los mirones reaccionaron con enfado al verse empujados a un lado, pero se callaron inmediatamente al reconocer a los dos Guardias. En el North Side todos conocían a Hawk y a Fisher. Hawk se detuvo un momento ante la gruesa línea de tiza azul que el doctor de la Guardia había trazado para mantener apartada a la multitud, y después aspiró profundamente y pasó rápidamente por encima. El torque de plata de su muñeca, su insignia, lo protegía de la magia de protección, pero la línea azul siempre lo ponía nervioso. Una vez había cometido el error de cruzar la línea un día que se había olvidado el torques en casa, y había sufrido dolorosos calambres musculares durante casi una hora. Ésa era la razón por la que la multitud había llegado hasta el borde de la línea pero no hubiera intentado siquiera cruzarla. Así se aseguraban de que la escena del crimen permaneciera intacta y el médico de la Guardia dispusiera de espacio para trabajar.

Un miembro de la Guardia estaba de pie, a una distancia respetuosa del cadáver. Su capote y su túnica de color rojo oscuro parecían incluso llamativos en contraste con la nieve invernal. Saludó afablemente con la cabeza a Hawk y Fisher. El doctor estaba en cuclillas junto al cadáver sobre la nieve manchada de sangre, pero se incorporó para saludar brevemente a los dos Capitanes. Era un hombre de poca estatura, delicado, pálido y de ojos grandes y manos sabias. Su capote oficial le quedaba demasiado grande y parecía de segunda mano, pero tenía el aspecto típico de serena seguridad que todos los médicos parecen recibir junto con sus diplomas.

—Me alegra que estén aquí, Capitán Hawk, Capitán Fisher. Soy el doctor Jaeger. Todavía no le he dedicado mucho tiempo al cadáver, pero al menos puedo decirles que

el asesino no usó ninguna arma. Hizo todo lo que ven con sus propias manos.

Hawk observó el cadáver, y tuvo que hacer un esfuerzo para mantenerse impasible. Le habían arrancado los brazos. El torso se veía desgarrado desde la garganta hasta la ingle y los órganos internos arrancados y esparcidos por la nieve ensangrentada. Tenía las piernas rotas por varias partes. Astillas dentadas de hueso agujereaban la piel hecha jirones. No había ni rastro de la cabeza.

—¡Por los cuernos del infierno! —Hawk intentó imaginarse cuánta fuerza bruta haría falta para destrozarse un cuerpo de esa manera, y un pensamiento perturbador lo asaltó—. Doctor, ¿hay alguna posibilidad de que el agresor fuera no humano? ¿Hombre lobo, vampiro, espíritu necrófago?

Jaeger negó rotundamente con la cabeza.

—No hay señales de que le hayan chupado la sangre; usted mismo puede ver cuánta hay alrededor del cuerpo. No hay marcas de dientes ni de garras que indiquen que haya sido un hombre lobo. Y, aparte de faltar la cabeza, todo lo demás está por ahí. No hay señales de que hayan devorado nada. No, Capitán, lo más probable es que sea un típico maníaco homicida, con un carácter espantoso.

—Genial, simplemente genial —respondió Fisher—. ¿Cuánto falta para que llegue el mago forense?

Jaeger se encogió de hombros.

—Yo sé tanto como usted. Ya lo han contactado, pero ya sabe lo mucho que odia que lo saquen del calor y la comodidad de su cama a estas horas de la mañana.

—De acuerdo —dijo Hawk—, no podemos esperar; el rastro se va a enfriar. Sería mejor usar su magia para empezar. ¿Qué puede hacer?

—No demasiado —admitió Jaeger—. Cuando por fin llegue el mago forense será capaz de recrear por completo el asesinato y mostrarnos qué ocurrió exactamente. Lo máximo que puedo hacer es darles una visión momentánea de la cara del asesino.

—Eso es más de lo que tenemos de las otras tres muertes —observó Hawk.

—Tuvimos suerte con éste —dijo Jaeger—. No hacía más de media hora que se había producido la muerte. Las posibilidades de prospección de la cara son muy buenas.

—Un momento —dijo Fisher—; yo creía que necesitaban la cabeza para eso, así podrían ver la cara del asesino en los ojos de la víctima.

Jaeger sonrió condescendiente.

—La magia medicinal ha superado esas viejas supersticiones, Capitán Fisher.

Volvió a arrodillarse junto al cuerpo, haciendo muecas al tiempo que el lodo sangriento manchaba sus ropas, y se inclinó sobre el torso. Los dedos de su mano izquierda se movieron despacio dibujando unos pases sinuosos, y murmuró unas palabras breves y guturales a media voz. De repente brotó sangre del cuello, del torso, derramándose en un flujo uniforme hasta formar un extenso charco. Jaeger hizo un gesto rápido, y la sangre dejó de brotar. Algunas ondas se extendieron despacio por el charco, como si hubiera algo moviéndose bajo la superficie. Hawk y Fisher observaron fascinados cómo poco a poco iba tomando forma una cara en la sangre. Tenía unas facciones ásperas, una expresión taciturna, y sus facciones eran nítidas. Hawk y Fisher se inclinaron y estudiaron la cara con atención, guardándola en su memoria. La imagen desapareció de repente, y la sangre volvió a ser sangre otra vez. Hawk y Fisher se incorporaron, y Jaeger volvió a levantarse. Hawk inclinó la cabeza en un gesto de agradecimiento.

—¿Hay algo más que pueda hacer por nosotros?

—No lo creo. Por la forma de las manchas de sangre, no creo que la víctima tuviera tiempo de luchar demasiado. Esto indica que la mayor parte de las mutilaciones se hicieron después de la muerte.

—¿Y la causa de la muerte? —preguntó Fisher.

Jaeger se encogió de hombros.

—Elija una. Cualquiera de esas heridas hubiera bastado para causarle la muerte.

Hawk indicó con un gesto al Guardia que se reuniera con ellos. Era un hombre moreno, rechoncho, y de unos cuarenta y cinco a cincuenta años, con una estrella de veinticinco años en su uniforme. Tenía la mirada tranquila y resignada del Guardia endurecido que ya lo ha visto todo antes, sin que tampoco entonces lo hubiera impresionado. Echó un breve vistazo al cadáver mientras se situaba junto a él, pero su cara no mostró la menor emoción.

—Agente Roberts a su servicio, Capitán Hawk, Capitán Fisher.

—¿Quién encontró el cuerpo? —preguntó Hawk.

—Dos adolescentes que volvían de una fiesta. Hijos de mercaderes. Tomaron un atajo a través del North Side por una apuesta, y encontraron algo más de lo que habían pedido. Están en la casa de enfrente con mi compañero, tomando una taza de té. El té es bueno para las impresiones fuertes...

—¿Vieron algo más, además del cuerpo?

—Aparentemente no, Capitán.

—De todos modos sería mejor que habláramos con ellos. Pruebe a ver si puede apartar a esa multitud. El mago forense debería de estar a punto de llegar, y odia trabajar con público.

El Guardia asintió y Hawk y Fisher se dirigieron a la casa que les habían indicado, tratando en lo posible de no pisar las manchas de sangre.

—¿Sabes? —dijo Fisher pausadamente—, en momentos como éste es cuando pienso con seriedad en dejar este trabajo. De repente, cuando crees que ya has visto todo lo desagradable y sórdido que puede deparar el North Side, ocurre algo como esto. ¿Cómo puede un ser humano hacerle eso a un semejante?

Hawk pensó en encogerse de hombros, pero no lo hizo. Había sido algo serio.

—Drogas. Pasión. Posesión. Quizá simplemente locura. Hay gente de todo tipo que va y viene por el North Side. Si un hombre tiene algo oscuro en su alma, el North Side hará que aflore. No te lo tomes tan a pecho, Isobel. Hemos visto cosas peores. Concéntrate sólo en encontrar pistas que nos ayuden a atrapar a ese bastardo.

La pareja de jóvenes que había encontrado el cadáver seguía en la casa donde los habían dejado. Estaban demasiado conmocionados y desorientados como para pensar en montar un escándalo para que les dejaran marcharse. Por sus ropas se veía claramente que pertenecían a la clase de los comerciantes, por su aspecto eran de la clase media-baja, y estaban totalmente fuera de lugar en la cocina oscura y ennegrecida por el humo, con una lavandera de aspecto maternal que se deshacía en atenciones con ellos. Otro miembro de la Guardia estaba cómodamente sentado al lado del fuego, vigilándolos. Llevaba una estrella de diez años, aunque tenía el aspecto de haber pasado todo ese tiempo en tareas de oficina. Saludó amablemente con la cabeza a Hawk y a Fisher, pero no hizo amago de levantarse. El chico de la clase comerciante parecía haber rebasado ya la mejor parte de la adolescencia, la chica parecía un año o dos más joven. Hawk colocó una silla enfrente de ellos y concentró sus preguntas en el chico. La chica estaba adormilada en la silla, agotada por el choque emocional.

—Soy el Capitán Hawk, de la Guardia de la ciudad. Ésta es mi compañera, la Capitán Fisher. ¿Cómo te llamas, muchacho?

—Fairfax, señor, Calvin Fairfax.

—De acuerdo, Calvin, cuéntanos cómo encontraste el cadáver.

Fairfax tragó saliva, y asintió rígido.

—Íbamos caminando por Wool Street, Belinda y yo, cuando oímos algo. Eran pasos, como si alguien estuviese huyendo. Entonces Belinda vio manchas de sangre en el suelo, que conducían a la calle siguiente. Ella no quería ver-

se metida en ningún lío, pero yo pensé que al menos deberíamos echar un vistazo, por si acaso alguien estaba herido y necesitaba ayuda. Caminamos un trecho calle abajo... y entonces encontramos el cadáver.

—¿Visteis a alguien más en Silver Street? —preguntó Fisher.

—No, allí no había nadie más. Belinda gritó, pero no vino nadie a ayudarnos. Algunas personas se asomaron a la ventana, pero no querían intervenir. Finalmente, los Guardias la oyeron y vinieron a ver qué estaba pasando.

Fisher asintió comprensiva.

—¿A qué hora fue esto?

—Sobre las tres. Oí la campana de la torre dando la hora no mucho antes. Los Guardias se hicieron cargo nada más ver el cadáver. Hemos estado esperando aquí desde entonces. ¿Podemos irnos ya, por favor? Ya es muy tarde. Nuestros padres estarán preocupados.

—Dentro de un rato —respondió Hawk—, el mago fofense querrá veros, cuando finalmente llegue, pero después de hablar con él os podréis marchar libremente. Tendréis que hacer una declaración para el Tribunal Forense, pero eso lo podéis hacer en cualquier momento. Y en el futuro, manteneos alejados del North Side. Éste no es un sitio seguro para caminar, sobre todo a una hora tan temprana de la mañana.

—No se preocupe —dijo Fairfax con ansiedad—. No quiero volver a ver este sitio en lo que me queda de vida. No habríamos venido por aquí si Luther no nos hubiese retado a pasar por la casa de Bode.

Hawk aguzó el oído. La casa de Bode. El nombre hizo sonar una débil pero clara alarma.

—¿Qué tiene de especial la casa de Bode?

Fairfax se encogió de hombros.

—Supuestamente, está encantada. La gente ha visto y oído cosas. Pensamos que sería una broma. —Su boca se

torció en una sonrisa amarga—. Pensamos que sería divertido.

Hawk habló con el muchacho en tono tranquilizador y a continuación él y Fisher salieron de la casa y volvieron a bajar por Silver Street. El aire frío de la mañana parecía incluso más cortante después del agradable calor de la cocina.

—La casa de Bode... —Hawk frunció el ceño pensativo—. Ese nombre me suena de algo.

—Debería —dijo Fisher—. Han estado mencionándolo en nuestras instrucciones durante las tres últimas noches. Hay indicios de que el lugar puede estar encantado. Los vecinos se han quejado de luces extrañas y sonidos, y durante días nadie ha visto a su ocupante. Como Bode es un alquimista y un mago, nadie se lo está tomando demasiado en serio todavía, pero no cabe duda de que tiene a los vecinos alborotados.

—Me asombra que puedas meterte todas esas cosas en la cabeza —dijo Hawk—. Yo lo único que puedo hacer es mantener los ojos abiertos al principio del turno. No consigo despertarme de verdad al menos hasta una hora después de estar en la calle.

—No creas que no me he dado cuenta —respondió Fisher.

—¿Dónde está la casa de Bode?

—Calle abajo, a la vuelta de la esquina.

Hawk se paró y la miró.

—¿Coincidencia?

—Podría ser.

—No creo que sea una coincidencia. Creo que deberíamos echar un vistazo para asegurarnos.

—Sería una buena idea hablar con el agente Roberts primero —dijo Fisher—. Éste es su territorio; podría saber algo útil.

Hawk la miró con aprobación.

—Hoy estás despierta, nena.

Fisher sonrió.

—Uno de nosotros tiene que estarlo.

El agente Roberts no fue de gran ayuda.

—No puedo contarles nada concreto sobre la casa, capitanes. He oído algunas cosas, pero siempre corren rumores sobre las casas de los magos. Bode es un tipo bastante tranquilo; vive solo y se ocupa de sus cosas. Hace mucho tiempo que nadie lo ha visto, pero eso ocurre con frecuencia. Suele irse de viaje. Como nadie ha sido herido ni amenazado, simplemente he dejado el lugar en paz. Bode no me daría las gracias por meter las narices en sus asuntos, y no quiero hacer enfadar a un mago si no es por una buena razón.

La expresión de Hawk se volvió tensa y por un momento estuvo a punto de decir algo, pero lo dejó pasar. Pensar ante todo en uno mismo era una práctica común en Haven, incluso entre la Guardia. Sobre todo en la Guardia.

—Está bien, agente. Creo que de todos modos echaremos un vistazo. Quédese aquí hasta que llegue el mago forense. Y mantenga los ojos bien abiertos. El asesino podría estar todavía por aquí cerca.

Roberts le dio indicaciones exactas, y después él y Fisher se abrieron camino entre la multitud, que era ya menos densa, y se dirigieron calle abajo. No estaba muy lejos. La casa del mago estaba situada al final de una fila de fincas bien conservadas; no demasiado impresionantes, pero no estaba nada mal para la zona. Los postigos estaban todos bien cerrados y no se veía ninguna luz. Hawk intentó captar alguna atmósfera de desasosiego cerniéndose sobre el lugar, pero o no la había o a esas alturas él tenía tanto frío que era incapaz de percibirlo. Se quitó el guante derecho y metió la mano dentro de su camisa. Llevaba un amuleto de hueso tallado alrededor del cuello. Era parte del equipo habitual de todos los Guardias y podía detectar la presencia de magia en cualquier lugar en los alrededores. Cogió con fuerza el amuleto, pero el pequeño trozo de hueso estaba quieto y silencioso. Al parecer, no había ningún rastro de